

dicada compasión me coge la mano preguntándome por qué estoy triste.

La confieso que me ha disgustado Gringalet matando al diablo.

Entonces rodea mi cuello con sus bracitos y acercando sus labios á mi oído:

—Te voy ha decir una cosa—dice—: Gringalet ha matado al negro, pero no le ha matado de verdad.

Aquello me tranquiliza; imagino que el diablo no ha muerto y nos vamos alegres.

II

LOS AMIGOS DE SUSANA

I

ANDRÉS

¿Han conocido ustedes al doctor Trevière? ¿Recuerdan su alargado rostro, franco y radiante, y su hermosa mirada azul? Tenía la mano y el alma de un gran cirujano. Su serenidad era admirable en circunstancias difíciles. Un día que practicaba en el anfiteatro una operación arriesgada, el paciente, á medio operar, desmayaba. Enfriándose por momentos, falto de pulsaciones, aquel hombre se moría. Entonces Trevière lo cogió estrechamente entre sus brazos y sacudió con la violencia de un luchador aquel cuerpo ensangrentado y mutilado. Luego siguió operando con la prudente audacia que le era habitual. La circulación estaba restablecida, el hombre se había salvado.

Al desprenderse de su delantal, Trevière mostrábase sencillo y bonachón. Su franca risa con-

quistaba. Algunos meses después de la operación que acabo de recordar, limpiando un bisturí se hizo una cortadura á la que no dió importancia, y que le inoculó una afección purulenta, causa de su muerte, á los dos días, y á la edad de treinta y seis años. Dejó una mujer y un hijo, á quienes adoraba.

Veíase diariamente, al sol, bajo los árboles del bosque de Bolonia, una mujer joven, enlutada, que hacía encaje, mirando por encima de su aguja á un niño agazapado entre su pala, su cubo y sus montones de tierra. Era la señora de Trevière. El sol acariciaba la intensa palidez de su rostro, y un gran vigor de vida y de alma escapaba de aquel pecho, á veces oprimido, y de aquellos grandes ojos negros, con reflejos dorados, contemplando al niño, el cual, para mostrar los montones de tierra que había hecho, levantaba su cabeza rubia con ojos azules: la cabeza y los ojos de su padre.

Era gordito y sonrosado. Luego adelgazó al crecer, y sus mejillas, haciéndose pecosas, palidieron. Su madre se preocupaba. A veces, mientras el niño se divertía corriendo con sus amigos, al pasar junto á ella, la madre le detenía, y alzándole un poco la cabeza, silenciosamente, arrugaba el entrecejo al examinar aquella fisonomía pálida, y después de soltarle, suspiraba, mien-

tras él proseguía su carrera. Por la noche, al menor ruido se levantaba, y con los pies descalzos permanecía inclinada sobre la cuna. Varios médicos, antiguos compañeros de su marido, la tranquilizaron: el niño solo estaba enfermizo, necesitando pasar una temporada en pleno campo.

La señora Trevière dispuso el equipaje y marchó á Brolles, donde los padres de su marido eran labradores; ya saben ustedes que Trevière era hijo de campesinos y que hasta los doce años se dedicó á buscar nidos de mirlos al volver de la escuela.

Se abrazaron bajo los jamones colgados en las vigas de la sala ahumada. La abuela Trevière, acurrucada delante de la lumbre de leña y sin soltar el mango de la sartén, miraba con desconfianza á la parisiense y á su niñera, pero encontró al niño «muy mono y el vivo retrato de su padre». En cuanto al abuelo Trevière, seco y tieso con su chaquetón de paño, se puso muy contento al ver á su nieto Andrés.

No habían acabado de cenar, cuando ya Andrés daba cariñosos besos á su abuelito, cuya barba le raspaba, la carita. Luego, de pie sobre las rodillas del buen hombre, le ponía el dedo en la descarnada mejilla, preguntándole por qué no tenía mofletes.

—Porque tampoco tengo muelas y dientes.

—¿Y por qué no tienes muelas y dientes?

—Porque se habían puesto muy negros, y los he sembrado para ver si salen otros blancos.

Andrés se reía con toda su alma. ¡Las mejillas de su abuelo eran muy diferentes de las de su mamá!

Habían reservado á la parisiense y al niño la alcoba de respeto donde estaba la cama nupcial en la cual las buenas gentes sólo se habían acostado una vez, y el armario de caoba, atestado de ropa y cerrado con llave. La cuna que había medido en otro tiempo al niño de la casa, fué sacada del granero para el nieto. La colocaron en el rincón más abrigado, bajo una tabla llena de tarros de dulce. La señora Trevière, como mujer ordenada, dió antes de acostarse treinta y seis vueltas por el piso de madera, que crujía, y experimentó la decepción de no descubrir ninguna percha.

El techo, rayado por gruesas vigas y las paredes, estaban enjalbegadas. La señora de Trevière se fijó poco en los grabados que alegraban aquel aposento; sin embargo, vió una estampa que representaba unos niños con chaqueta negra, pantalón blanco, un lazo en el codo y un cirio en la mano, desfilando junto á un altar gótico. Leyó al pie las acostumbradas frases, impresas, y los nombres, la fecha y la firma escritas á mano: *Certifico que Pedro Agenor Trevière hizo su primera comu-*

nión en la iglesia parroquial de Brolles, el 15 de Mayo de 1849. Goutard, presbítero.

La viuda leyendo aquellas palabras, lanzó un suspiro, uno de esos suspiros de mujer razonable y fuerte que son, con las lágrimas de amor, los más hermosos tesoros de la tierra. Las personas amadas no deberían morir.

Después de desnudar á Andrés:

—Vamos—le dijo—, reza.

El niño murmuró:

—Mamá, te quiero mucho.

Y con esta plegaria, dejando caer la cabeza y cerrando los puños, se durmió tranquilo.

Al despertarse descubrió el patio. Sorprendido, maravillado, encantado, vió las gallinas, la vaca, el caballo y el cerdo. El cerdo, sobre todo, le entusiasmó, y su encanto duró varios días. Cuando era la hora de comer, con gran trabajo conseguían llevarle, cubierto de paja y de estiércol, con telarañas en el pelo y basura en las botas, con las manos negras, las rodillas arañadas, las mejillas sonrosadas, riendo, feliz.

—¡No te acerques á mí, sucio!—decía su madre.

Y le daba muchos besos.

Sentado delante de la mesa, en el borde de la banquetta, y mordiendo un enorme pedazo de ave, parecía un Hércules devorando su maza.

Comiendo, sin darse cuenta olvidábase de beber y decía:

—Mamá, ¿qué son esos pollos que tienen plumas verdes?

—Deben ser loros—respondió á la ligera la parisiense.

Así fué inducido Andrés á designar con el nombre de loros á los patos de su abuelo, y esto hacía sus relatos prodigiosamente oscuros.

Pero no dejaba fácilmente que se le impusieran.

—Mamá, ¿sabes lo que me ha dicho mi abuelo? Me ha dicho que las gallinas hacen los huevos. Pero yo ya sé que no. Ya sé que es el frutero de la avenida de Neuilly quien hace los huevos; y luego se los llevan á las gallinas para que los calienten. ¿Cómo quieres que las gallinas hagan huevos si no tienen manos?

Y Andrés continuaba explorando la naturaleza. Al pasearse por el bosque con su mamá, experimentaba todas las emociones de Robinsón Crusó. Un día, mientras la viuda, sentada bajo una encina, trabajaba en su encaje, su hijo encontró un topo. Es muy grande un topo. Es cierto que ya estaba muerto. Aún tenía sangre en el hocico.

Su madre le gritó:

—Andrés, ¿quieres dejar esa porquería? Vuélvete á mirar aquel árbol.

Y vió una ardilla que saltaba de rama en rama. Su madre tenía razón, la ardilla era más bonita que el topo.

Pero desapareció demasiado pronto y Andrés preguntaba si las ardillas tienen alas, cuando un transeunte cuya fisonomía varonil y franca rodeada por una hermosa barba negra, quitándose el sombrero, se paró delante de la señora de Trevière.

—Buenos días, señora; ¿sigue usted bien? ¿Cómo volvemos á encontrarnos por el mundo! ¿Es su hijo? Preciosa criatura. Ya me dijeron que vivía usted en casa del viejo Trevière... ¡Le conozco desde hace mucho tiempo!

—Hemos venido aquí porque mi niño necesitaba respirar aire puro. Pero recuerdo que usted, caballero, residía ya en este país en vida de mi marido.

Como la voz de la viuda se extinguió, él repuso con tono grave:

—Ya, sí, señora.

Y con mucha naturalidad, inclinó la cabeza como para saludar á su paso la memoria de un gran duelo.

Después de un instante de silencio, prosiguió:

—¡Qué tiempo aquél! Y ¡cuántas gentes había entonces que han desaparecido ya! ¡Mis pobres paisajistas! ¡Mi pobre Millet! ¡Todo pasa! He seguido siendo *el amigo de los pintores*, como me

llamaban allá en Barbizon. Los conozco á todos. Son buenos muchachos.

—¿Y su fábrica?

—¿Mi fábrica? Marcha sola.

Andrés fué á ponerse entre ellos.

—¡Mamá! ¡mamá! hay debajo de una piedra muchos animalitos. Lo menos un millón, de veras.

—Cállate y ve á jugar—le contestó secamente su madre.

El amigo de los pintores prosiguió con su hermosa voz:

—¡Qué agradable resulta volverse á ver! Los amigos me preguntan á menudo qué ha sido de la señora de Trevière. Les diré que sigue siendo, y acaso más que nunca, la hermosa señora de Trevière. Adiós, señora.

—Buenas tardes, Lasalle.

Andrés apareció de nuevo.

—¿Mamá, son todos los animales de Dios? ¿Hay también animales del diablo? Mamá, no me contestas... ¿Por qué?

Y la tiró de la falda. Entonces ella le regañó:

—Andrés, no debes interrumpirme cuando hablo con alguien. ¿Oyes?

—¿Por qué?

—Porque no es correcto.

Y hubo algunas lágrimas que terminaron con una sonrisa y varios besos. Fué un hermoso día.

Se ven en el campo cielos húmedos, cruzados por reflejos que entristecen y encantan.

Algunos días después, una tarde que llovía mucho, el Sr. Lasalle visitó á la viuda.

—¿Cómo está usted, señora? ¿Y usted, señor Trevière, más fuerte que nunca?

—La caja está fuerte, pero las piernas apenas la sostienen.

—¿Y usted? ¿siempre con las narices en el puchero? Prueba usted la sopa. Eso es de buena cocinera.

Y aquellas rudas familiaridades hacían sonreír á la vieja cuyas pupilas chispeaban entre los pómulos arrugados.

Sentando á Andrés sobre sus rodillas le acarició, pero el niño desasiose bruscamente y fué á montarse en las rodillas de su abuelo.

—Tú eres el caballo. Yo soy el cochero. ¡Arre! ¡Más de prisa, más de prisa!...

Durante la visita, la viuda y el señor Lasalle apenas pudieron cruzar cuatro palabras, pero sus miradas habían cambiado reflejos, como esas exhalaciones que se producen entre el cielo y la tierra en las ardorosas noches de verano.

—¿Papá, conoce usted mucho á este caballero?

—preguntó luego la viuda con aparente indiferencia.

—Le conozco desde antes que llevase pantalo-

nes. ¿Y quién no conocía á su padre en el país? Buena gente; francos y sencillos. Tienen fortuna. El señor Felipe... (le llamamos así), emplea por lo menos un centenar de hombres en su fábrica.

Andrés creyó que había llegado el momento de dar su opinión.

—Es muy feo ese señor—dijo.

Su madre le respondió que si no hablaba más que para decir simplezas, haría mejor en callarse.

Desde entonces la casualidad quiso que la señora de Trevière encontrara en todas partes al señor Lasalle.

Y la mamá de Andrés mostrábase inquieta, distraída, preocupada. Se estremecía con los murmullos del viento entre las hojas. Olvidaba el encaje comenzado y adquirió la costumbre de apoyar la barbilla en la palma de la mano.

Una noche de otoño, mientras que una gran tormenta procedente del mar pasaba con prolongados rugidos sobre la casa del viejo Trevière y sobre toda la comarca, la viuda se apresuró á despedir á la niñera que atizaba la lumbre y á dejar acostado al niño. Mientras le quitaba las medias de lana tocándole con las manos los piecitos fríos, la criatura, que oía los rugidos del viento y el chasquido de la lluvia en los cristales,

entrelazó con sus bracitos el cuello de su madre.

—Mamá—dijo—. Tengo miedo. Estoy bien así, ¡padre!

Nadar, era en su lenguaje habitual, la mayor expresión de contento.

Pero ella, dándole un beso, articuló:

—No te agites; duerme, hijo mío.

Luego, sentándose cerca de la lumbre, leyó una carta.

A medida que iba leyendo, sus mejillas se coloreaban, una respiración ardiente salía de su pecho. Y cuando hubo acabado de leer, permaneció recostada en un sillón con las manos inertes y el alma perdida en un ensueño. Meditaba.

—¡Me quiere; es tan bueno, tan franco, tan leal! Las noches de invierno son muy tristes para una mujer sola. ¡Se muestra tan delicado conmigo! Tiene mucho corazón. Lo advierto en la manera de pretenderme.

Su mirada tropezó con la estampa de la primera comunión. *Certifico que Pedro Agenor Trevière...*

Bajó los ojos. Luego prosiguió sus meditaciones:

—Una mujer sola no puede educar bien á un niño... Andrés tendrá un padre.

—Mamá.

Aquella voz la hizo estremecerse.

—¿Qué quieres Andrés? ¡Estás muy agitado esta noche!

—Mamá, pensaba en una cosa.

—Más valdría que durmieses... ¿En qué pensabas?

—¿Papá murió, ¿verdad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y no volverá nunca?

—No, hijo mío.

—Pues mira, mamá, es mejor. Así podré quererte más. Todo mi cariño para ti.

Ella le contempló largo rato con inquietud, cayendo luego en la butaca, donde permaneció inmóvil con la cabeza entre las manos.

Hacia más de dos horas que el niño dormía, á pesar del ruido que producía la tormenta, cuando acercándose á la cuna, la mujer suspiró levemente:

—¡Duerme! No volverá. ¡Duerme! No volverá.

No volverá. El señor Lasalle nada puede ya prometerse. Su pretensión ha sido rechazada. Por la noche, en su cuarto decorado con paisajes y bodegones, piensa, llenando su pipa y revolviendo su ponche, que las noches de invierno son muy tristes en aquella soledad.

No ha vuelto á ver á la viuda; pero cuando sus

amigos le preguntan qué ha sido de ella, responde valientemente y con un buen humor que oculta su pesar profundo:

—Es siempre y más que nunca la hermosa señora de Trevière.

II

PEDRO

—¿Qué edad tiene su hijo, señora?

Al oír esta pregunta, la madre, mirando al niño como se mira un reloj, responde:

—¿Pedro? Tiene veintinueve meses, señora.

Lo mismo fuera decir dos años y medio; pero como Pedrín tiene mucha inteligencia, y hace mil cosas sorprendentes para su edad, supone que las otras madres se lo envidiarían menos si aumentara un poco la edad del niño, que resultaría, por consiguiente, algo menos prodigioso. Hay otra razón, por la cual no quiere que envejezcan á su Pedro con un solo día. ¡Ah! Es que desea verle siempre niño, y comprende que cuanto más crezca, menos será su hijo. Siente que se la escapará poco á poco. ¡Los muy ingratos crecen con el propósito de alejarse! La primera separación está fechada en su nacimiento, desde cuyo instante su propia madre, sólo tiene ya el pecho y los brazos para retenerlos.

De todo esto depende que Pedro tenga veintinueve meses justos. Es una bonita edad, la sufi-

ciente para inspirarme profunda consideración; tengo varios amigos de esa misma edad, cuyo proceder respecto á mí es admirable. Pero ninguno de mis amigos tiene tanta imaginación como Pedro. Pedro coordina las ideas con una facilidad extremada y un tanto caprichosa.

Recuerda ciertas ideas muy antiguas. Reconoce las fisonomías ausentes desde hace un mes. Descubre en las estampas que le dan mil particularidades que le encantan y preocupan. Cuando hojea el libro ilustrado que prefiere, y del que sólo ha roto la mitad de las páginas, sus mejillas se coloran y un vivo resplandor brilla en sus ojos.

Su madre se asusta del color arrebatado y de los ojos encendidos: teme que un excesivo trabajo fatigue aquella cabecita tan pequeña y tan blanda; teme una calentura; lo teme todo. Teme dar mala suerte al niño, que la enorgullece. Casi desea que su hijo, de quien tan orgullosa está, se pareciese al hijo de la panadera, á quien ve todos los días en la tienda, con una cara enorme y aplastada, unos ojos azules y parados, la boca sumida entre las mejillas y todo el aspecto de un animal saludable.

¡Aquél, al menos, no proporciona ninguna intranquilidad! Mientras que Pedro cambia de color á cada instante, suele tener las manitas ardorosas y duerme con un sueño agitado.

Al médico tampoco le gusta que nuestro amigo mire estampas, y recomienda que procuren calmar sus ideas.

Suele decir:

— Edúquenle como á un perrito. ¡No creo que sea tan difícil!

Pero se equivoca: es muy difícil. El médico no tiene idea de la psicología de un niño de veintinueve meses. ¿Y está seguro de que todos los perros se crían en la calma del pensamiento? He conocido á uno que, teniendo seis semanas, poco más ó menos, soñaba toda la noche, pasando en sueños de la risa á las lágrimas, con una rapidez dolorosa, y expresaba sentimientos de lo más desordenados. ¿Es eso tener calma?

¡Seguramente, no! Y al animalito le sucedía lo que á Pedro: adelgazaba. Sin embargo, vivió. Pedro también tiene los gérmenes de una vida generosa. No está atacado en ningún órgano esencial. Pero quisieran verle menos delgado y menos pálido.

París no le prueba bien á ese parisiense, y no porque no le guste. Al contrario, se divierte demasiado; se siente atraído por demasiadas formas, colores y movimientos; halla demasiadas cosas que sentir y comprender; se fatiga mucho.

En el mes de Julio su madre se lo llevó pálido y delgado á un rincón de Suiza, en un tibio valle

donde sólo vió hierba y vacas, las vacas cuya espumosa leche bebía, la hierba aromática que formaba aquella leche. Era un espectáculo bienhechor.

Aquel reposo sobre el pecho de grande y tranquila nodriza, duró tres meses; tres meses llenos de sonrientes imágenes y durante los cuales comió mucho pan moreno. Y en los primeros días de Octubre vi volver á un Pedrín nuevecito, regenerado; un Pedrín moreno, dorado, curtido, casi mofletudo, con las manos negras, con la voz y la risa recias.

—Mire usted á mi Pedro, ¡está horrible! —decía muy alegre su mamá; tiene unos colores como una muñeca de seis reales.

Pero aquellos colores no duraron. El niño palideció, volvió á estar nervioso, endeble, con una expresión muy delicada y muy fina. París recobraba su influencia. Quiero decir el espíritu de París, que no está en ninguna parte y está en todas, el París que inspira el gusto y el ingenio, que emociona, que hace delirar hasta á las criaturas más pequeñas.

Y Pedro nuevamente palidecía y se acaloraba mirando las estampas. Hacia el fin de Diciembre le encontré muy nervioso, con los ojos muy abiertos y las manitas enjutas. Dormía mal y no quería comer.

El médico decía:

—No tiene nada; háganle comer.

Pero ¿por qué medio? Su pobre madre lo había probado todo sin conseguir nada.

La señora lloraba y su hijo no comía.

El día de Navidad llevaron á Pedro polichinelas, caballos y soldados en abundancia. Y á la mañana siguiente su mamá, en peinador, delante de la chimenea, con los brazos caídos, miraba, desalentándose, los visajes de aquellos juguetes.

—¡Sólo servirán para excitarle!—se decía.—Son demasiados.

Y muy despacio, temiendo despertar á Pedro, cogió el polichinela que tenía cara de malo, los soldados á quienes temía, creyéndolos capaces de llevarse, con el tiempo, á su hijo á la guerra; cogió hasta el caballo rojo, y de puntillas, fué á esconderlo todo en su armario.

No habiendo dejado en la chimenea más que una caja de madera blanca, el regalo de un pobre hombre, un corral de ovejas de franco y medio, fué á sentarse junto á la cama, viendo cómo dormía á su hijo. Era mujer, y la apariencia de engaño que tenía su buena acción la hizo sonreír. Pero al ver los párpados azulados de su hijo, pensó de nuevo:

—¡Es horrible no poder conseguir que coma este niño!

Apenas estuvo vestido Pedrín abrió la caja, viendo los borregos, las vacas, los caballos, los árboles rizosos. A decir verdad, más que un corral de ovejas, había en la caja todo un cortijo.

Vió al guarda y á la guardesa. El guarda tenía una hoz y la guardesa un rastrillo. Iban al prado á buscar heno; pero no andaban. La guardesa estaba vestida con un sombrero de paja y un traje encarnado. Pedro la besó y ella le embadurnó la cara, destiñéndose. Vió la casa; era pequeña y tan baja de techo, que la guardesa no hubiera podido estar dentro de pie; pero aquella casa tenía una puerta, en lo cual Pedro reconoció que era una casa.

—¡Cómo se reflejaban aquellas caras pintadas en los ojos incultos y frescos de un niño! Lo que sucedió fué cosa de magia. Estrujaba las figuras entre sus deditos, que se embadurnaron: las colocaba sobre la mesa llamándoles por su nombre con apasionado acento: ¡dada! ¡toton! ¡mou-mou! Al coger uno de aquellos extraños árboles verdes, con el tronco liso y derecho, y cuyo ramaje forma un cono, exclamó: «¡Un pinol!»

Aquello fué para su madre una especie de revelación. Nunca se le hubiera ocurrido. Y sin embargo, un árbol verde en forma de cono, sobre

un palo tieso, es seguramente un pino. Pero fué menester que Pedro se lo dijera para que ella lo reparase.

—¡Angelito!

Y le besó tan vivamente, que hizo caer al suelo casi todas las figuras.

Pedro descubrió en los árboles de la caja cierto parecido con los árboles que vió meses antes en el campo.

Advertía otras muchas cosas que su mamá no advirtió. Todos aquellos pedacitos de madera pintarrajeada evocaron en su cabecita imágenes conmovedoras. Revivía con ellos en una naturaleza alpestre: se hallaba por segunda vez en aquella Suiza que tanto provecho le hizo. Entonces, encadenándose las ideas unas con otras, pensó en comer y dijo:

—Quiero pan y leche.

Bebió y comió. Se le despertó el apetito. Cenó por la noche tanto como almorzó por la mañana. Al día siguiente, al ver el cortijo, sintió hambre. ¡Lo que puede la imaginación! Quince días después estaba ya mucho más repuesto. Su madre, satisfecha, decía:

—¡Miren ustedes qué mofetes! Como una muñeca de baratillo. La humilde caja del pobre M. X... ha hecho este milagro.

III

JESSY

Había en Londres, durante el reinado de Isabel, un sabio llamado Bog, que era muy famoso con el nombre de Bogus, por un tratado de *Errores humanos* que nadie conocía.

Bogus, que llevaba trabajando en él veinte años, nada había publicado; pero su manuscrito, puesto en limpio y colocado en un estante al pie de la ventana, no se componía de menos de diez volúmenes en folio. El primero trataba del error de nacer, principio de todos los demás. En los siguientes se veían los errores de los niños y niñas, de los adolescentes, de los hombres maduros, de los viejos y de las personas de diversas profesiones, como hombres de Estado, comerciantes, soldados, cocineros, etc. Los últimos tomos, incompletos aún, compendiaban los errores de la República, que provienen de todos los errores individuales y profesionales. Tal era el encadenamiento de las ideas en aquella grandiosa obra, de la que no se podía suprimir una página sin destruir el resto. Las demostraciones encadená-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

banse unas con otras, deduciéndose de la última que el mal es la esencia de la vida, y que si la vida es una cantidad, puede afirmarse con precisión matemática que hay tanto mal como vida en la tierra.

Bogus no había cometido el error de casarse. Vivía en su casita solo con una criada vieja llamada Kat, es decir, Catalina, y á quien llamaba Clausentina por ser de Southampton.

La hermana del filósofo, espíritu menos trascendental, de error en error, enamoróse de un comerciante de paños de la City, casóse con él y dió á luz una niña llamada Jessy.

Su último error fué morir después de diez años de matrimonio, ocasionando así la muerte del comerciante, que no pudo sobrevivirla. Bogus recogió á la huérfana por caridad y también con la esperanza de que le proporcionaría una interesante muestra de errores infantiles.

Tenía entonces seis años. Durante los primeros ocho días de su estancia en casa del doctor, lloró, pero sin decir nada. Al noveno dijo á Bog:

—He visto á mamá; estaba toda blanca, llevaba flores en un pliegue del vestido, las esparció sobre mi cama, pero no las encontré al levantarme. Dame las flores de mamá.

Bog anotó aquel error infantil, reconociéndolo

en el comentario que le puso como un error inocente y en parte gracioso.

Al poco tiempo Jessy dijo á Bog:

—Tío Bog, eres viejo y feo, pero te quiero mucho y tú has de quererme también.

Bog cogió la pluma para inscribir en su libro aquel nuevo error; y después de reflexionar detenidamente que su aspecto no era juvenil y que no había sido nunca un guapo mozo, se abstuvo de anotar la frase de la niña.

Solamente dijo:

—¿Por qué he de quererte, Jessy?

—Porque soy pequeñita.

¿Será cierto, se preguntó Bog, que se deba querer á los pequeños? Puede ser; pues realmente tienen mucha necesidad de que los quieran. Por esta razón podría excusarse el común error de las madres que dan á sus hijos su leche y su cariño. Es una parte de mi tratado que necesitaré arreglar.

El día de su santo por la mañana, el doctor, al entrar en la sala donde estaban sus libros y sus papeles y que él llamaba su biblioteca, sintió un olor agradable que se desprendía de un tiesto de claveles puesto en el alféizar de la ventana.

Tenía solo tres flores, tres flores rojas que la luz acariciaba alegremente. Y todo sonreía en la docta sala: el viejo sillón de cuero, la mesa de

nogal, las viejas encuadernaciones de los libros. Bogus, envejecido como ellos, comenzó á sonreír como ellos. Jessy dijo besándole:

—Mira, tío, mira: ahí el cielo (y señalaba al través de los cristales emplomados el ligero azul del ambiente); más abajo, la tierra, la tierra florida (y señalaba el tiesto de claveles); debajo de todo los libros negros, que son el infierno.

Aquellos libros negros eran precisamente los diez tomos del tratado de los *Errores humanos*, alineados al pie de la ventana. Aquel error de Jessy recordó al tío su obra que descuidaba desde hacía algún tiempo, para pasearse por las calles y por los jardines con su sobrina. La niña descubría mil cosas agradables, haciéndoselas observar al mismo tiempo á Bogus que nunca había asomado las narices afuera.

Abrió de nuevo su manuscrito, sin reconocerse ya en su obra, donde no había ni flores ni Jessy.

Por fortuna, llegó á tiempo su consoladora filosofía para sugerirle la trascendental idea de que Jessy no servía de nada. Y se aferró firmemente á esta verdad, que reforzaba los quebrantados cimientos de su obra.

Un día, meditando acerca de aquel asunto, sorprendió á Jessy en la biblioteca ocupada en enhebrar una aguja delante de la ventana donde

estaban los claveles. La preguntó qué pensaba coser.

Jessy le respondió:

—¿No sabes, tío, que las golondrinas se han marchado?

Bogus no lo sabía; pues aquello no estaba ni en Plinio ni en Aviceno. Jessy prosiguió:

—Kat me dijo ayer...

—¿Kat?—exclamó Bogus—. ¡Esta niña se refiere á la respetable Clausentinal!

—Kat me dijo ayer: «Las golondrinas se han ido este año antes que de costumbre; esto presagia un invierno anticipado y riguroso.» Eso me dijo Kat. Y además, he visto á mamá vestida de blanco y con el cabello resplandeciente; pero no llevaba flores como la otra vez. Me dijo:

—«Jessy, hay que sacar del cofre la bata de abrigo del tío Bog y arreglarla si está estropeada. Me desperté, y en seguida que estuve levantada, saqué la bata del cofre, y como está descosido por algunas partes el forro, lo voy á recoser.»

El invierno llegó, y fué tal y conforme habían predicho las golondrinas. Bogus con su bata de abrigo, y con los pies cerca del fuego, procuraba corregir ciertos capítulos de su tratado. Pero cada vez que lograba conciliar sus nuevas experiencias con la teoría del mal universal, Jessy embrollaba sus ideas ofreciéndole un jarro de cerve-

za, ó con sólo mostrarle sus ojos y su sonrisa.

Al llegar el verano, el tío y la sobrina dieron grandes paseos por el campo. Jessy cogía hierbas que él nombraba y que ella de noche clasificaba con arreglo á sus propiedades. En aquellos paseos mostraba un entendimiento claro y un alma encantadora. Una noche al extender sobre la mesa las hierbas cogidas aquel día, dijo á Bogus:

—Ahora, tío Bogus, conozco por su nombre todas las plantas que me has enseñado. He aquí las que curan y las que consuelan. Quisiera conservarlas para conocerlas siempre y hacérselas conocer á otras personas. Necesito un libro grande para disecarlas.

—Coge éste—dijo Bog.

Y la señaló el primer tomo del tratado de los *Errores humanos*.

Cuando el volumen tuvo una planta en cada hoja, cogieron el siguiente, y en tres veranos la obra maestra del doctor fué completamente convertida en herbario.

III

LA BIBLIOTECA DE SUSANA

I

Á LA SEÑORA DE ***

París 15 de Diciembre de 188...

Se acerca el primer día de año. Siendo este día el de los regalos y felicitaciones, los niños llevan la mejor parte. Y es muy natural. Tienen gran necesidad de cariño. Y además tienen el encanto de ser pobres. Hasta los que han nacido en la opulencia, sólo tienen lo que se les da. No corresponden; por lo cual se disfruta más haciéndoles regalos.

Nada hay tan interesante como escoger los juguetes y los libros que les convienen.

Algún día escribiré un ensayo filosófico acerca de los juguetes. Es un asunto que me tienta, pero que no me atrevo á abordar sin una larga y seria preparación.